

DISCURSO

DEL

DR. D. EMILIO PI Y MOLIST

ILUSTRE SEÑOR:

SEÑORES:

Quisiera desvanecer dos dificultades que me ocurren en este momento y me inquietan. ¿Diré que no merezco la honra con que me distinguís? ¡Donoso arbitrio para acreditar vuestro criterio y justicia! ¿La aceptaré de plano y sin hacer salvedad alguna? ¡Cómico silencio, pero repugnante aun á la modestia de pura fórmula! Pues ¿cómo salir del paso? ¿cómo desatar esta especie de nudo gordiano? Por mi vida, que á desatarlo no acierto, mas lo desharé á la manera clásica: cortándolo. Tanto monta. Conque echo por en medio dejando las dos preguntas en el aire, cada una al lado que le corresponda, y digo con llaneza y laconismo, buenos fiadores de la sinceridad, que os agradezco muy de corazón el agasajo.

Con todo eso, no quedo tranquilo, porque vendrá luego á interponerse entre vosotros y yo una sombra que enturbie la claridad de vuestro designio, y eche sobre mi figura un tinte quizás poco simpático; y es cierta flaqueza que no puedo acabar conmigo de combatir, antes con ella, por otra debilidad del ánimo, me hallo bien y me huelgo.

Todo esto veréis resaltar en mi discurso, que en rigor no lo es, al menos académico, sino principalmente un desahogo de afectos íntimos en orden á algunos hechos, cuatro sobre todo, á los cuales dedico de propósito otros tantos capítulos. Mucho tiempo há que deseaba con viva ansia el escribir algo sobre ello, y más el leerlo en público ó en corro de profesores y amigos; pero nunca se me ofreció ni por asomo coyuntura cual la fiesta de hoy, para mí llovida del cielo.

Mi razonamiento será de por fuerza autobiográfico, algo así como un remedo—no hallo vocablo más modesto—del menos gustoso artículo de Mesonero Romanos en sus *Memorias de un Setentón* ó de Zorrilla en sus *Recuerdos del tiempo viejo*; pero, á par de ellos, no con la monotonía, circunspección y remiramiento del género histórico, antes con alguna variedad y cierta soltura jovial, caprichosa y juguetona, pues, gracias al carácter casi familiar y casero del presente acto, mi desahogo tendrá, además, de lo humorístico y de lo fantástico. Si algunas partes de él y aun acaso el todo os parecieren pueriles, y por lo mismo discordantes de mi condición y edad, fácilmente me lo pasaréis trayendo á la memoria aquel concepto de Balmes, de hondo sentido filosófico: que el hombre es niño hasta la vejez.

Vaya, al grano; no hay que gastar retóricas para deciros cuál es mi flaqueza. Estoy enamorado.

Espanto os habrá producido, Señores, esta declaración subitánea; pero antes que excitada por él asome á vuestros labios una sonrisa de lástima, os advierto que nada tiene el mío de aquel amor senil sacado á la vergüenza, con general rechifla, por los dramaturgos desde Plauto hasta Moratín; amor, si tal nombre merece, que, además de anacronismo grosero y síntoma frenopático, es un tósigo para el cuerpo y un pecado para el alma. No; mi amor ni visos tiene de patológico, de repulsivo, de ridículo y mucho menos de sórdido. No es más pura la gota que destila de la estalactita, el cristal yacente en el seno de la roca, la fragancia del reciénabierto jazmín, ni el aura matutina, primera espiración del despertar de la naturaleza. Poco adecuados y expresivos son aún encarecimientos tales, porque mi amor pasa de vuelo á toda substancia corpórea, y no cabe representarlo con símiles sacados de la materia, ni en sus formas más sutiles ni en sus aspectos más nítidos. Alienta y agítase en el espacio de la idealidad, de la que es parte integrante; allá en aquella región etérea, inundada de luz que no enturbian celajes, donde el espíritu se eleva, se explaya, siente inefables deleites y se lanza á determinaciones generosas.

No, no es amor senil el mío; que lo he sentido y alimentado desde la segunda infancia. Era entonces afecto indefinido, aspiración vaga, instintivo anhelo de algo ignoto, estado inquieto del ánimo, sentimiento de vaciedad del corazón. Llamáralo *saudade* si, como ahora, lo entendiera, pues ya se deja suponer que en aquella incapaz

edad de ningún modo me lo explicaba. A no incurrir en nota de jactancioso que desvanecidamente se alza á mayores, diría que mi espíritu se hallaba en igual disposición que el de Dante cuando, niño de nueve años, vió á la gentil rapazuela de ocho que se llamaba Beatriz. De golpe nació en el florentino aquel amor ó más bien platonismo, ahora casi legendario, que, despertando su entendimiento, le estimuló por el pronto á instruirse en arduas disciplinas, y, enardecido en la edad viril su imaginación, fué el numen de su singular poema, que todavía hoy, pasados seis siglos, es puesto sobre las nubes por los doctos, y le ha valido el dictado de vate divino. El estudio que de mi ánimo en los verdes años hice en los maduros y hago en los secos, no me deja duda de que ví también entonces una Beatriz, aunque sólo con los ojos de la fantasía, porque era incorpórea, y hasta ignoraba yo que una hija de un Folco Portinari hubiese sido en el mundo; Beatriz ideal que despertó en mí un afecto firme, aspiraciones concretas y deseos arrebatados, como todo es arrebatado en aquella edad de vigoroso medro é irreflexivo empuje. Y comenzaron á exaltar mi imaginación sueños dorados, y me sentí mover por misterioso impulso á empresas imposibles. Impulso de amor, amor inocente, infantil, pero tan de verdad, que hoy es, y todavía reconozco la influencia, la eficacia de

*L'alta virtù, che già m'avea trafitto
Prima ch'io fuor di puerizia fosse;*

y complázcome recordando aquella temprana evolución de mi espíritu, el nacimiento de aquella pasión, extraña entonces, que se encendió para no apagarse jamás ni bajo la nieve de mi cabeza; y entiendo que oía en el fondo de mí ser un acento incomprensible, algo como la voz de la excelsa *donna sovra candido vel cinta d'oliva* cuando decía al poeta:

Guardami ben: ben son, ben son Beatrice.

Sí, mi amor es tan firme ahora como lo fué ya apenas me conmovieron sus primeros chispazos, y tan limpio está de la más vaporosa nubecilla ó del más tenue paño, cuanto es ajeno del menor accidente de la materia el concepto de la idealidad pura. Lumbrera de mi inteligencia, móvil de mi corazón, incentivo de mis afanes, mi conforté y esperanza, inspiración de mis actos en los estudios y ejercicio de mi carrera, estímulo de mis escarceos por el estadio de las buenas letras; es, en una palabra, mi amor compendio y clave de mi vida activa,

de tal suerte, que lo que por ventura sea yo en lo científico y en lo literario, á él se lo debo.

Amor sin un ser amado es mera abstracción, es cosa inconcebible como impresión sin excitante. Tal el mío en los albores de la vida; mas ya que apuntó á mi labio el bozo, y con la vehemencia de la edad sentí la pasión que me sojuzgaba; y en sus ímpetus intervino la razón, vine á entender quién era en realidad mi amada, y adiviné su nombre; nombre eufónico en la lengua castellana y en todas las que conozco, nombre que sugiere, en hermosa combinación, los altos conceptos de hidalgüía, valor, esfuerzo, heroísmo y lauro. No quiero por ahora declararlo: baste decir mi *dulcinea*, no en el sentido del nombre propio de aquel famoso ser que no le tuvo sino en la fantasía del loco más enamorado y simpático, antes en la acepción del apelativo ó común con que nuestro léxico oficial autoriza para designar á la mujer querida.

Mi pasión ha tenido las vicisitudes naturales y los vaivenes forzosos, alternativa de bienandanzas y reveses, alegrías y pesadumbres, que es, además de un buen sainete para saborearla, un poderoso excitante para enardecerla. De niño, á todo me sonrió ella, todo me lo presentó bañado de color de cielo; pero ya, de mancebo, púsome sobrecejo á menudo, y atrájome más de dos burlas y más de cuatro desazones; no porque á mi *dulcinea* tuviese yo que cortejarla á la reja, como galán de Calderón, aparejado siempre para ahuyentar á cintarazos ganapanes importunos ó andar á cuchilladas con caballeros rivales, sino porque torpe, ciego y extremoso, dí en la flor de pedirle favores con festejos que en buena razón eran atrevimientos y necesidades.

¿En qué cabeza sana, más que de niño sea, cabe el estrambótico intento, que la mía á pájaros llevó á término y remate, de componer, hurtando ratos, cual escolar inaplicado, al estudio de la gramática, de la aritmética, del catecismo y de la historia, dos novelitas como quien no dice nada, de lectura bastante para llenar las columnas del folletín de otros tantos números de periódico; engendros que por de contado no hubo alma de Dios que publicase ni aun recibiese!

¿Quién, rabiando por someterse á la barberil rasura, mas no teniendo todavía qué rasurar, hubiera llevado hasta el cabo la gigantea empresa de escribir un drama caballeresco en un acto—que guarde como bagatela arqueológica,— todo almíbares y deliquios de pasión desafortadamente amorosa, ditirámicos loores á los guerreros catalanes, odio mortal á los sarracenos y horror á un morazo feo y cruel; donde intervenían el padre de la amada, harto duro, un sol-

dado discreto y sencillote, una doncella paño de lágrimas; y se oía el fragor de una batalla, y por salvar la vida del padre daba la suya peleando el amante!

Estos arrojados obsequios á mi dulcinea tenían alguna disculpa en que, sobre acalorarnos leyendo cuantas novelas y poesías habíamos á las manos con mi condiscípulo é inseparable compañero Pons y Gallarza, que es hoy catedrático de Literatura y maestro en Gaya Ciencia; estábamos entonces de lleno en una revolución literaria, en el ruidoso y bienhadado romanticismo, y las revoluciones literarias arrastran tras sí á los hombres de chapa y aun á los niños de la escuela, como las políticas penetran hasta los tuétanos en los ciudadanos todos, sin distinción de opiniones ni jerarquías, siquiera ellos no lo presuman. Cuanto más, que la aparición súbita y simultánea de dramas como *El Trovador*, *Los Amantes de Teruel*, *Don Álvaro* y *Macías*; de novelas como *Nuestra Señora de París*; de otros y otras de los escritores que, acaudillados por Víctor Hugo, formaban el que llama Zola grupo fulgurante; de las fantásticas del Vizconde de Arlincourt —quien tuvo sus horas de celebridad, aunque hoy nadie le soporte, según dice con frase tan breve como comprensiva Menéndez y Pelayo;— y de muchas más por el mismo patrón cortadas, bien que menos famosas: obras todas en que revivía el espíritu de libertad en el arte, y aun se agitaba el de anarquía; esplendorosos alardes de ingenios sanos y pujantes unas, desafueros y delirios de fantasías febriles otras, que inflamaron los ánimos y sacudieron con suma rapidez, á modo de corriente eléctrica, el sopor letal de nuestra literatura; la aparición súbita y simultánea, repito, de tan alentadas producciones bastaba y sobraba para conmover y desaviar cabezas de viento como lo era la mía en aquella dichosa edad, ávida de novedades y bullicio. Pero, Señores, lo que en ningún respecto merece perdón ni disculpa, es que me dejase yo disparatar como aquel imaginado fraile, á quien por cierto no conocí hasta más tarde, tan falto de sindéresis, que ya de novicio dejó los estudios para meterse á predicador.

Yendo y viniendo días, amanece aquí uno con la fausta nueva de la paz á que por el pronto se da la expresiva y grata denominación de *Abraço de Vergara*, término providencial de una guerra que, por tiempo de siete años, ha empapado en sangre de hermanos los campos españoles. El alborozo es imponderable: adórnanse los edificios, marciales músicas recorren las calles, espectáculos divierten al pueblo, poetas cantan... y yo, menos movido por el regocijo general que aguijoneado por el anhelo amoroso, quiero ser también poeta, acaso soñando nada menos que con pulsar la quizás no rota sino colgada lira

de Píndaro... ¡ Poeta! ¡ Inocente de mí! Ignoraba que para medrar en este mundo lo que importa es vivir en prosa. Quise, pues, ser poeta, y cantar... y canté en una oda el *Abraço de Vergara*... ¡ Nunca tal hiciera! ¿Qué digo? Bendita la hora en que hirvió en mi sesera el pensamiento de celebrar el suceso en verso suelto ¡horror! porque me mareaba, como á tantos pobretes, el consonante. Bendita la hora, vuelvo á decir, pues versos más detestables no salieron en nefasto día de la cabeza de tarro del peor coplista callejero; y censura ó corrección con puntas de reprimenda más delicada y cortés en la forma, pero más acerba y dura en la substancia, no la recibió ningún nacido. Diómela, poniéndome de oro y azul, el poeta dramático Tió, cuya muerte lloraron en breve los amantes del arte; y fué, para mayor tortura, en casa y presencia de una señorita amiga que me lisonjeaba en demasía, de la poetisa Massanés, á quien immortalizan tantas composiciones de ferviente estro, y con especialidad la de *Un beso maternal*, con cuyos acentos supo hacer palpitar el corazón de todo buen hijo, ella, que no había probado el suavísimo, el puro, el indecible deleite de sentir en sus mejillas la frescura del labio de su madre. Censura ó reprimenda, lección nunca jamás de mí olvidada, que cortó de cuajo un mal que amenazaba arraigarse en mi ánimo, el de arrojarme á poetizar *invita Minerva*, con todas las vergonzosas secuelas de este género de locura, que con tanto donaire da por rematada el preceptista de los Pisones. Púsome por delante de los ojos el discreto y piadoso corrector que, sobre ser para mi complexión la linfa de Aganipe casi, casi un agua tofana, debía en conciencia volver atrás y no empeñarme en hollar las asperezas por donde se camina de la inmortalidad al alto asiento, so pena de dar cada tumbo, que al término de la jornada no me quedara hueso sano. Otra puntería hizo el muy sagaz para echar el resto de su admonición, y fué inculcarme que, primero que ponerme á escribir, estudiase muchas cosas y sobre todo la lengua castellana, recomendándome como una crestomatía excelente para aprenderla bien y ejercitarme en su manejo el *Flos Sanctorum*. La extrañeza que esto último me causó no es para dicha; pero mucho ha llovido desde entonces, y mis lecturas y estudios hasta ahora me han acreditado cumplidamente que en esta materia harto sabía Tió dónde tenía su mano derecha. No, sino póngase en duda que sean hablistas ejemplares el P. Rivadeneyra, el P. Nieremberg y tantos escritores ascéticos de nuestro siglo de oro. En el lugar más lúcido de mi memoria, donde guardo la de las personas que me hicieron algún beneficio, vive, recibiendo de mi corazón uno como culto de gratitud, el recuerdo del malogrado Tió, de quien gozo en decir muy alto que si me

dió la hiel corrigiéndome, por cierto y por verdad dióme también la miel adoctrinándome.

Desmañado en extremo andaba yo por aquellos días para congraciarme con mi dulcinea, pues algunos otros escritos y señaladamente un librejo en que, echándola de *traduttore*, dí en *traditore*, como muchos, y que para baldón eterno salió á luz, vinieron á acrecer el número de mis chapucerías literarias, siendo ocasión de reflexiones retrospectivas que renuevan sin cesar mi sonrojo. ¡Polilla!, ¿para cuándo son tus dientes, que no has devorado aún aquellas hojas en negro horóscopo nacidas?

¡Que no haya un alma compasiva que arremeta con aquellas novelucas, y aquel cantorrio, y aquel libraco, y los relaje al brazo seglar de una Ama que, echándolos al corral, queme todo el montón mañana antes que llegue la noche! Pero, puesto que no la hay, y, si la hay, no parece, quiero pasar por la vergüenza de decir en público que cometí tales pecados, arrepentirme de ellos mientras viviere, y aceptar contrito la penitencia de la burla general, amén de hacer por no acordarme de semejantes escritos más que de las coplas de Calaiños. Aquí pequé, pues aquí lloro. Quien tal hizo, que tal pague. Aunque bien podemos consolarnos de nuestras faltas, si tenemos la virtud de confesarlas. A esta máxima de La Rochefoucault me acojo.

Y con ella doy fin al primer capítulo de mi desahogo.

Pasó el tiempo de las niñadas, si es que pasa jamás, y vino el de la discreción relativa de los años adolescentes, en que la seriedad de los estudios y la frecuentación de las cátedras imprimen un sello de cordura que se echa de ver hasta en los ímpetus de la edad y en los devaneos á que ella convida. Por fortuna, ya llenaba más las medidas de mi anhelo el oír Medicina que el aspirar á ser literato; aun bien que me decía el corazón, y dábale yo crédito, que no había de negarme aquella ciencia algún arbitrio para mostrar á mi dulcinea el rendimiento con que continuaba adorándola.

La ocasión se ofreció presto, y yo no anduve remiso en tomarla por la melena; y gracias que la traía entonces, y no el mechón con que la pinta Quevedo, en el cual apenas hay pelo para un bigote, y es más resbaladizo que anguila (*), pues no tuviera mi mano destre-

(*) *La Hora de todos, y la Fortuna con seso.*

za para asirlo. ¡Dichoso arranque! De tal suerte influyó en la mía, que no bien transcurridos nueve años fuí ya, y en el corriente soy aún, lo que por entonces acaso alguna vez llegué á vislumbrar en turbios sueños.

Pues ¿ no me vino en deseo el presentarme en un concurso público para indicar la manera y forma de erigir en Barcelona un asilo, hospital ó casa de locos; que á la sazón no se decía aún manicomio (*)? Probé fortuna y Dios me la dió, bastándome el saber poco, porque es de ley que me eche encima el adagio sin cercenarlo. ¿ Habrá osadía, habrá frescura como aquéllas? ¿ Quién era yo para poner tan altos los puntos? ¿ Quién? Un Bachiller en Medicina. Eso sí, nuevecito y flamante. ¡ Válgate Dios por bachiller! Inspiróme sin duda alguna mi numen tutelar, puesto que me adjudicaron el primer premio, y á dos dedos estoy de decir que me lo dieron de momio. Y catad, señores, á Periquito hecho fraile, ó, lo que allá se sale para el caso, elevada mi estudiantil personilla á la conspicua situación de Socio de mérito de la Económica Barcelonesa de Amigos del País, y condecorada, por añadidura, con una medalla de oro.

De este hecho por mi prurito de filosofar mal que bien sobre cualquier suceso ó accidente de menor cuantía, deduzco dos consecuencias, que son lecciones no nuevas, pero sí muy dignas de ser encomendadas á la memoria.

Es la primera, que al que acude á un certamen con el antifaz de una cubierta cerrada, le tiene mucha cuenta no levantar siquiera por una punta el velo de lo incógnito, y que ignore el nombre que la nema oculta hasta la pluma que lo escribió, valga el decir, pues lo incógnito entraña un misterio, y el misterio infunde cierto respeto y temor que, en toda justa literaria, constriñen á los jueces á estar sobre aviso é ir muy á las derechas en sus deliberaciones y fallos. Yo sé bien ¡ cómo si lo sé! que de no taparme toda la cara aquella máscara de papel, habría salido de mi pretensión con las manos en la cabeza. Y no digo más, sino que tengo para mí que, por una parte, el tribu-

(*) El artículo 5.º del Programa que en 25 de junio de 1846 publicó la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, decía así: « Premio igual (el título de Socio de mérito y una medalla de oro) se dará al que presente la mejor Memoria sobre el modo más asequible de erigir un asilo, hospital ó casa de locos para uno y otro sexo fuera de las murallas de esta ciudad. El autor deberá indicar los medios de realizar el pensamiento, teniendo en cuenta que el local ha de tener capacidad para doscientos individuos, y los varios departamentos necesarios para el tratamiento, salubridad, comodidad y seguridad de los dementes; acompañando un proyecto de Reglamento interior para el régimen del Establecimiento, comprendiendo en él las obligaciones del Director, de los Facultativos y de los subalternos; y señalando el sitio en donde haya de erigirse la casa de locos, y las mojadadas de tierra que considere precisas al derredor de ella. »

nal se pasó de generoso, y por otra, que, tocante á la materia del certamen, pudo, en aquel momento histórico, parecer bien un proyecto ó escrito que hoy debiera ponerse muy por bajo el nivel de la mediocridad (*).

La segunda lección es más trascendental, por enseñar que un hecho, suceso ó circunstancia imprevistos y de poca entidad, al parecer, abren tal vez camino al hombre para que, avisado y diligente, eche por él y llegue á una meta que fija su suerte. ¡Ay del que entonces se empenza y demora!; porque la ocasión viene y se va en un instante, y, según la hipérbole, verdadera con ser hipérbole, del fabulista latino, ya que la ocasión es ida, ni el mismo Júpiter tiene poder para echarle la mano (**).

Casi por juego, con la imprudencia y presunción de la juventud, quizás con la petulancia que ella provoca y excusa á un tiempo, entre diversiones y correrías á que con otros mozalbetes me daba en San Felú de Torelló — testigo Coll y Masadas, hoy Director y Catedrático de nuestra Escuela de Comercio, — con cuyas aguas acudía á mi ya quebrantada salud, escribí la memoria sobre construcción de una casa de locos; yo, que ninguna había visto ni apenas orates, y sí sólo leído algo, no acerca de hospitales de locos sino de la locura, en el *Praxeos medicae universae praecepta* de José Frank, clásico entonces, y en el libro de texto de aquella asignatura en nuestro Colegio, libro que si bien declaraba en la portada haber sido compuesto por un catedrático de este establecimiento, nunca me avine á creerlo, porque el profesor era muy sabio, y, á mi juicio, la obra era algo tonta. Conque no se me pregunte cómo salí del empeño, porque sólo sabré responder que salí avante, y punto redondo. Aquí de la filosofía: hablando sin rebozo y en términos propios, aquello fué una solemne calaverada; á bien que, en hecho de verdad, no es

(*) Dos hechos puedo alegar en apoyo de esta opinión. La Sociedad Económica, por impulso propio, que no por indicación mía, como así lo creerán cuantos me conocen, tuvo á bien encabezar con mi *Memoria* la serie de las que á poco tiempo empezó á publicar; y gracias que á ello debo el conservarla impresa. Cursando yo Medicina legal é Higiene pública, el Dr. D. Ramón Ferrer y Garcés, catedrático de esta asignatura, concluido que hubo su lección sobre la construcción y gobierno de hospitales de locos, me invitó galantemente á que leyese en clase mi *Memoria*, como lo hice con el gusto que se deja suponer y con vivo agradecimiento por la honra que se servía dispensarme aquel maestro; de quien cúmpleme decir que recibí siempre señaladas distinciones, merced á las cuales llegué á considerarle con mucha atención y obsequio, y él á intimarme en su trato, y, andando el tiempo, á favorecerme con una confianza rayana en familiaridad, de la que conservo los más gratos recuerdos.

(**)

elapsum (calvum) semel

Non ipse possit Iupiter deprehendere.

FEDRO, Fábula 9.^a, libro V.

de hoy ni de ayer que las calaveradas traigan por ventura negocios estupendos y hazañas increíbles, pues, contrayéndonos á solas la bolsa y la guerra, veces hay que el jugador ganancioso y el invicto héroe no son sino unos desatados calaveras.

Con estas declaraciones, á las que nadie negará la cualidad de ingenuas, cierro el segundo capítulo de mi desahogo.

Así que así, abierto el pliego donde estaba encerrado un breve oficio con mi firma y rúbrica, el brigadier don Manuel Lassala, Jefe superior político, que presidía á la Económica en la sesión pública del 10 de octubre de 1846, me llamó y puso en mis manos la medalla de oro. A los tres días la Corporación me remitió el diploma de Socio de mérito con un oficio que recibí como el agua de mayo, y aun lo pondero poco, porque su contexto, además de embelesarme con las alabanzas que me prodigaba, me esponjó dándome nada menos que tratamiento de *Señoría*; á mí, que apenas si me hallaba con otro que el democrático de tú por tú, que por entonces era de rigor entre estudiantes. Todo esto, bien considerado, ofrecía el peligro de cebar mi vanidad juvenil, fuera de que tanto y tan prematuro auge podía ser para mí no menos ocasionado que el nacerle alas á la hormiga.

Pero, en serio sea dicho, ahora estimo el mencionado diploma como la primera credencial de Médico Director del Manicomio de la Santa Cruz; en nada obstante que éste, al ser datado aquel despacho, no hubiese salido todavía de los espacios de lo futuro contingente. Ello, no tiene duda que, por lo menos, hoy parece ser un nombramiento de meritorio con opción á tal oficio.

Referir ahora que posteriormente he hecho algunos estudios á lo profesor reposado sobre la materia que primero acometé á lo escolar aturdido, aunque en verdad tomándole ya gusto, sería una narración de pormenores enfadosa como todo lo que redunde, é impertinente como todo lo que se supone sin que se exprese.

En otro escrito he dicho que el Manicomio de la Santa Cruz es el poema de mi vida profesional, y en el presente añado que el acto en que me premiaron fué la introducción del poema. Sucesos de próspera y de adversa fortuna componen su trama, con alternativas de resplandores y lobregueces; y por lo mismo tonos varios, acordes con tales mudanzas, vienen á tener respectivamente los cantos del poema: —de ánimo, al través de las primeras naciones de Europa que varias veces

visité en demanda de instrucción á sus establecimientos y á sus ilustres alienistas: Calmeil, Baillarger y Moreau (de París), Begley y Denne (de Hanwell), Tyerman y Marshall (de Colney-Hasch), Guislain (de Gante), Ideler (de Berlín), Damerow (de Halle), Riedel (de Viena), Bonacossa (de Turín), Broca (de Milán);— de esperanza, después que trazado mi Proyecto médico (*), el arquitecto Oriol y Bernadet, con arreglo á él, levantaba los planos;— de enojo, en las horas menegadas que se atravesaron pasiones ó intereses bastardos (perdóneme Dios, si este juicio es temerario), y se llegó á negar el permiso para poner mano á la obra;— de lástima, cuando hubo quien, no cabiéndole en la cabeza el plan, sin duda harto magno para ella, meneábala incrédulo y sonreíase desdeñoso, y quién sabe si compadecido de la locura de los que realizable lo reputábamos;— de melancolía y llanto, en el largo período que proyecto y planos estuvieron durmiendo sueño de olvido entre el polvo de un archivo;— de alegría, el 20 de diciembre de 1885, en que pusimos la primera piedra del edificio;— de triunfo, el 19 de diciembre de 1889, en que se celebró la inauguración de un departamento entero, con plácemes de las autoridades y del público, que la saludaron como á un acontecimiento nacional, y en particular con encomios de insignes representantes de la profesión médica y de su cuerpo docente, ya que el dictamen que en aquéllos iba implícito y salió expresado en forma entusiástica y gallarda, había de prevalecer, por su carácter pericial, sobre todas las aprobaciones, alabanzas y encarecimientos.

Treinta años se pasaron desde la presentación de mi Proyecto hasta la abertura de esta parte del Manicomio. No fueron menester tantos para rendir á Troya.

No asistiré yo al desenlace de mi poema. Ni seré el único á quien escribir la última palabra del suyo le negó la muerte. ¿Qué importa? Fijos en él tengo siempre mis sentidos, mi ser, mi alma; y, conforme va desarrollándose y caminando á su término, aunque no al compás de mi anhelo, se acrecienta mi ardor para toda lucha, si por inopinado caso se suscitare; y siquier pise yo los umbrales de la edad, según expresión de Esquilo, seca y sin hojas, que va su camino sobre tres pies, sin más fuerzas que un niño y arrastrándose con incierto paso; aun en esta decadencia no me faltará, Dios delante, el ahinco hasta el trance en que, sintiendo extinguirse la llama de mi vida, que

(*) *Proyecto médico razonado para la construcción del Manicomio de Santa Cruz de Barcelona, con arreglo al cual ha levantado sus planos el arquitecto D. José Oriol y Bernadet, en 4.º, xxvii—367 págs. publicado en 1860 por acuerdo y á expensas de la Ilstre. Administración del Hospital de Santa Cruz.*

no la de mi entusiasmo, miraré con la mente por última vez el Manicomio, como tal cruzado que, próximo al término de la épica conquista, rendido por las fatigas de cien combates, baja la espada, puesta la mano sobre la insignia del pecho, entre ansias del cuerpo y alientos del espíritu exhalaba el postrer suspiro columbrando con fruición beatífica los muros de la Ciudad Santa.

Mi entrada en esta Academia, otro que tal. En su archivo es de ver que acudí á la palestra también con antifaz de cubierta cerrada, y gané el primer premio, ó sea el diploma de individuo correspondiente y una medalla de oro; mas no consta en aquella dependencia que de la materia sobre la cual escribí, tenía tanto conocimiento práctico como de orates y de casas de orates en el anterior certamen. No hay que darle vueltas: para valentonadas, los mozos. Ya, ya se aplacan con la edad los bríos. *Indicaciones y contraindicaciones del uso del cloroformo* (*), cuestión de actualidad entonces, año de 49, fueron las que me esforcé en dilucidar á golpe de periódicos médicos, pues ningún libro debía de haber á la sazón que tratase didácticamente de aquel asunto, ó, dado que lo hubiese, no estuvo al alcance de mi mano, ni acaso lo estuviera al de mi peculio.

Este es el tercer capítulo de mi desahogo.

En la oposición á una plaza de académico de número, año de 51, pude entrar con más seguro pie, ya que siendo elegible por el candidato el tema de su discurso, lo escogí teórico. Un famoso estadista y eximio escritor francés abominó por sacrílegas é inútiles las necroscopias, temeroso sin duda de que se hiciese la de su cuerpo. Era Chateaubriand (**). Su fama, sobrado esplendorosa quizás entonces, como

(*) El programa segundo de esta Academia para el concurso público de 1849 preguntaba: *¿En qué circunstancias se halla indicado y contraindicado el uso del cloroformo?* La Memoria que escribí sobre este punto y que obtuvo el premio, fué publicada en 1850.

(**) La Memoria que presenté y leí en dicha oposición, se intitulaba *Examen médico del siguiente pasaje de Chateaubriand en sus Mémoires d'outre-tombe: Lejos de mi cadáver la sacrilega autopsia: en balde fuera buscar en mi helado cerebro y en mi yerto corazón el misterio de mi ser; que no descubre la muerte los arcanos de la vida* (Qu'on sauve mes restes d'une sacrilège autopsie; qu'on s'épargne le soin de chercher dans mon cerveau glacé et dans mon cœur éteint le mystère de mon être. La mort ne révèle point les secrets de la vie); ó sean *Consideraciones sobre el impulso y carácter comunicados por la Anatomía á la Medicina moderna*, Fué impresa en 1852.

sobrado obscurificada quizás al presente, no me arredró de salir, con el respeto debido á su memoria, por el estudio del organismo muerto, combatiendo las dos susodichas calificaciones, denigrante la una y despectiva la otra, con ardimiento de neófito y fe de profesor recién salido de las aulas; y así, con tanto énfasis como Tomasito, aquel literatuelo y político en agraz puesto en caricatura por la mano maestra de Larra, vine á decir, llevándole la contraria: *Chateaubriand y yo pensamos de un modo distinto*. A tal audacia me indujo mi dulcinea, por quien, desalado entonces como nunca, bebía yo los vientos.

Ni una palabra más sobre estos actos ni sobre los de la Academia en que he intervenido, pues, por el lugar en que nos hallamos, y la fiesta que nos ha congregado, eso sería traer á cuento especies caseras de inútil recordación por sabidas de la familia é indiferentes para la vecindad.

También obedecí á mis impulsos apasionados en el ejercicio de la profesión; pero de cómo me las hube en él no quiero tratar, pues á la verdad, en buen hora lo diga, saqué más trabajos y desazones del espíritu y del cuerpo que favores de mi numen, y, para mayor fastidio, el relato de los unos y de las otras, con ser impertinente, daría á esta parte de mi discurso la traza oficinesca y desgarbada de una certificación de servicios y méritos.

Llego ya á mi situación de retirado ó reservista si se quiere, en que, depuestas, ó punto menos, las armas con que luché por la vida médica, tornó mi ánimo á apetecer ciertos pasatiempos tranquilos é instructivos de la edad juvenil, á los cuales había renunciado en el decurso de muchos años, por ser incompatibles de todo punto con el tráfago y atropello, desabrimientos y congojas de la carrera. Volví á mis libros literarios, volví á los estudios con que tanto me había paladeado y fortalecido en solaces como aquellos que Virgilio llama divinos (*); y, por dicha, los goces del espíritu ahora, cual las aficiones antes, sacarían verdadera en mí, si menester fuese, la sentencia del orador romano: *haec studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant*.

A la manera que cada pueblo tiene un manjar más ó menos com-
puesto, que, por adaptarse cumplidamente al apetito y complexión
de sus naturales, á su modo de vivir y aun al clima de su latitud, es

(*) *Deus nobis haec otia fecit*. Égloga I.

el predilecto, el ordinario é indispensable en su comida principal hasta el punto de dar carácter gentilicio á su cocina, como á su traje lo dan ciertas prendas; así en la literatura de cada nación suele haber un plato que, por sabroso á todos, por acomodado al sustento de su inteligencia y por la costumbre constante de tomarlo, puede y debe apellidarse antonomásticamente nacional. No hay que decir cuál sea el *plato nacional* de nuestra mesa literaria. Singular por la calidad de su substancia, lo ingenioso de su aderezo, el primor de su disposición y lo exquisito de su gusto, así está fuera de duda que no hay plato nacional de estado alguno que lo aventaje ni iguale, como que todos los pueblos se afanan por imitarlo con los manjares y especias de su tierra, impotentes para dar á la copia el sabor genuino del original, aunque bastantes para que, catándolo ellos, se chupen los dedos. Ninguno me quedaría ya ó tendríalos todos lastimosamente atrofiados, si con esta acción, más encomiástica que pulcra, hubiese querido demostrar el deleite que me causó cada una de las comidas, meriendas y sobre todo cenas que he hecho con el *Don Quijote* desde los tempranos años en que me sabía á golosina, hasta ahora que este nuestro plato nacional es para mí alimento apetitoso, digestible, reparador y sano como ninguno.

«Don Quijote es la figura más seria que ha producido la humanidad.» A esta sentencia de Castro y Serrano (*), nueva, nada paradójica sino muy verdadera, le añado yo, á guisa de corolario, sin la necia presunción de hombrearme con aquel insigne académico de la Española, que el *Don Quijote* es el libro más patético que ha producido la literatura. Ni vale decir con Hartzzenbusch, que es «el » más regocijado cuento que dejó escapar de su fresco labio la Musa » del chiste » (**); porque, aun siendo esto la misma verdad, no cabe duda en que todo él mueve á dolor y melancolía; los cuales, por virtud del contraste, acrecen con los donaires que animan la fábula, al modo que con los acordes de una música bailadera sube de punto la tristeza del alma atribulada. La lucha por la vida monta bien poco, parangonada con la lucha por la belleza moral. Sin tregua, contra todo enemigo, hasta contra potestades invisibles es esta lucha; impertérrito, infatigable, desinteresado, heroico su campeón. A la defensa, en todo lugar y tiempo, de una doncella tan púdica y tan de continuo * ultrajada como la belleza moral, sólo podía salir un caballero sin

(*) Discurso que leyó en su recepción pública en la Real Academia Española, el día 8 de diciembre de 1889.

(**) *Prólogo* de la edición del *Don Quijote* hecha en Argamasilla de Alba (casa que fué prisión de Cervantes) en 1863.

miedo y sin tacha como Don Quijote, inflamado de la pasión más viva y noble, pero cuyo idealismo había de estrellarse fatalmente en el realismo, á las veces grosero, de las gentes, de las ocasiones y de las circunstancias, resultando siempre de este conflicto el exceso de bien castigado con un exceso de mal. Por lo mismo, en aquel sublime libro es de las narraciones más regocijadas invariable epílogo lo patético, y á todas sentaría bien un epifonema lacrimoso.

¿No tiene un sentido profundo que para sacar á plaza un defensor tan absoluto de la belleza moral, modelase Cervantes la figura de un loco? ¿Es que en este mundo de disimulos, deficiencias, temperamentos, transacciones y equilibrios, al fin miserias y fealdades, sólo en un loco cabe concebir maravillosamente hermanadas la ingenuidad, la entereza, la intransigencia, la valentía para todo lo bueno, todo lo noble, todo lo justo, magnanimidad y belleza en grado sumo, sin acepción de personas, distinción de tiempos ni consideración á obstáculos ni imposibilidades, y á prueba de sacrificios, menosprecios, ingraticudes y burlas? Bien pudo pensarlo así nuestro egregio poeta, profundo conocedor del corazón humano, á fuer de aleccionado por los infortunios, desdenes, sinrazones, agravios é injusticias con que hubo de habérselas en su fatigosa y desastrada lucha por la vida. Ello es, que loco hizo al héroe de su poema. Loco de locura tan simpática, por lo dicho, cuanto es admirable y seductora la cordura exquisita.

Esto, que da carácter específico á la fábula, ofrece materia de comentario harto estimulante para excitar comezón de ensayarlo á quien, enamorado de aquel libro único en su línea, del que propios y extraños se hacen lenguas, y por el cual comenzó á aprender la castellana, no parecía sino que desde largo tiempo estaban solicitándole é impeliéndole á tan grata labor circunstancias personales de profesión y oficio. Así que, bastó para determinarme el galante ruego del amigo Cortejón, catedrático numerario de Retórica y Poética de este Instituto provincial, y emprendí el ensayo cerrando los ojos á la magnitud de la tarea y los oídos á lo que por entonces había dicho, con mucha oportunidad, en son de semicensura, el ilustre Cueto (*), que empezaaba á cansarse de los comentadores de Cervantes. En efecto, éramos pocos, podían decir éstos, y... lo demás del satírico refrán ya se sabe. Ni por esas hubiera cedido, porque pasada ya la comezón á prurito irresistible, no había forma de acallararlo, antes era forzoso satisfacerlo.

(*) En carta al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, quien la transcribe en su libro *Varias obras inéditas de Cervantes*; Madrid, 1874, pág. 416.

Además, estimuláronme á la empresa lo nuevo del comentario y lo relativamente fácil, por fortuna, de llevarlo á efecto sin incurrir en el delito de meter la hoz en miés ajena, ya que para ello podía y me bastaba segar á mis anchas, con perfecto derecho, en la de aprovechamiento común para los que nos decoramos con la académica muceta amarilla.

A aquellos que profesan las letras, en la dilatada extensión que abarca este vocablo técnico, quise decirles:

—«Bien sé que vosotros veis en Don Quijote la figura del paradigma de caballeros, majestuosa, de delicada plasticidad, de incomparable belleza, fundida por soberano artista al fuego de inspiración celestial; y que como representación de un carácter, como tipo humano, universal, eterno, la ensalzáis sobre cuantas ha creado el genio de la poesía desde la edad homérica hasta los tiempos de Gœthe y Byron.»

«Bien sé que os vais tras el libro cuyo asunto es tan soberbia figura, porque á un tiempo os hechizan en su fábula el ingenio, en su traza la magnificencia, en su narración la amenidad, en su pintura la variedad y valentía del colorido, en su chiste la espontaneidad y la riqueza, en su estilo la tersura y la fluidez, en su frase la gallardía, en su dicción la propiedad y la abundancia, en sus sentencias la doctrina, y en todo el buen gusto, y hasta tal cual vez cierto descuido por el que se trasluce el raudó volar de la pluma, fiada en la lucidez y potencia de la fantasía.»

«Bien sé que tanto como estas peregrinas cualidades os cautivan aquel ordenado y felicísimo uso que de ellas se hace en el libro, aquella maestría con que se ponen en juego las propiedades del lenguaje castellano, armonioso y elegante allí por manera ejemplar, para que camine reposado, cortesano, festivo, plañidero, ó corra veloz, enérgico, altisonante, rotundo, según que lo demandan los sucesos, las ideas de los personajes que en ellos intervienen, sus afectos, aberraciones ó sensatez, los ímpetus de su voluntad, el grito de su conciencia, la vigilancia de su honra y los casos de varia fortuna en que les ponen ora sus arrebatos generosos, ora la malicia de su corazón; ya la candidez de su rusticidad, ya la cultura de su entendimiento ó la grandeza de su ánimo.»

«Bien sé todo esto y algo que añadir podría acerca de vuestra afición al Hidalgo caballero y á su historia; pero doyme á entender que habréis quizá barruntado, mas no visto claro, que otro mérito desconocido, casi incomprensible, avalora más y más la invención de Cervantes, y es la locura del héroe; invención rara, portentosa que,

en medio de parecer particular, subordina á sí la general del poema en tan absoluta manera, que lo singulariza siendo de su acción causa eficiente ó motriz. »

Traté, pues, de poner al alcance de los no versados en la Medicina psicológica que Don Quijote padecía *monomanta*, bien así como hubiera podido decir *delirio parcial sistematizado* ó *paranoya*, ó designar la vesania con otra denominación de las varias que no es difícil componer teniendo á mano el inagotable repuesto de las raíces griegas. Lo esencial no era el nombre ni la especie de la locura; lo esencial era poner á la vista de todos la concordancia admirable y casi constante de las ideas del Caballero, de sus afectos, propósitos, actos, alientos y desmayos con los conceptos delirantes y aberraciones sensorias, la perturbación afectiva, la voluntariedad, los devaneos, arrestos y desfallecimientos que traen á mal traer, agitan y tal vez anonadan á los que son víctimas de una enfermedad de la mente en la misma forma específica que en el Manchego se supone.

El blanco á que apunté manifestando esta concordancia, era probar que el trascendido ingenio de Cervantes, á quien la asidua observación y estudio de la naturaleza hicieron maestro en la pintura de caracteres, no lo fué menos en la difícil por sí y por sus innumerables accidentes, del loco Don Quijote; donde se ve que la imaginación artística adivinó la verdad clínica de tal modo, que la obra literaria que, siquiera por virtud de la clara y asombrosa intuición del furor poético, nació de aquélla, salió realzada con felicísimos toques de luz médico-psicológica, y en las narraciones de una novela de mero entretenimiento, al parecer, quedó embebida la historia de una locura rara, con soberano artificio, con tanto donaire en la una y exactitud en la otra, que así contenta á los hombres de letras como satisface á los de ciencia, suspendiéndolos á todos. En el dominio de esta especialísima materia, en lo acabado de esta peregrina invención, en el respecto de artista de este vuelo, Shakespeare, con ser quien es, no llega en tres codos á la estatura de Cervantes. El rey Lear y Ofelia son á Don Quijote como dos figurillas de un nacimiento á nuestra estatua de Cristóbal Colón.

Tales *Primores* (*) del libro me propuse sacar á relucir, alzada entonces más que nunca la mira á merecer el galardón de mi dulcinea. Días y noches, no pocos, fuí y vine, comí y cené, dormí y soñé con

(*) *Primores del Don Quijote en el concepto médico-psicológico, y consideraciones generales sobre la locura para un nuevo comentario de la inmortal novela*; Barcelona, Imprenta Barcelonesa, 1886.

Don Quijote. A vueltas con sus desatinos y discreciones tan atareado estaba y á las veces tan abstraído, que la persona de mi mayor intimidad solía motejarme de *chiflado*... ¡Ay del que no tiene alguna chifladura!, respondíale yo en el mismo son de chungu en que me echaba ella aquel piropo. No dí paz á la mano hasta que los tórculos lanzaron á la calle un borrador de mi escrito puesto en limpio, ya que, como dice Sbarbi con el sentido práctico de quien ha andado más de una vez en tal género de copias, no pasa de ser un borrador así toda primera edición de una obra original, esto es, que recorre un camino no andado antes por nadie, sujeta á recibir en su día ciertos retoques que la mejoren ó aumenten, por lo cual se hace acreedora á todo linaje de consideraciones.

Ahora bien, ¿qué éxito obtuvo? ¡Oh! esto es harina de otro costal; esto, para echarlo á broma, se sabrá por los ciegos del bando contrario, que en los del nuestro no fía el experto, pues hartu sabe que no les toca sino cantar victorias.

Mas, tratando verdad, no puedo negar que por el pronto fué algo halagüeño, merced á la benevolencia de amigos y colegas, á quienes, aprovechando la publicidad de este acto, doy las gracias con toda mi alma. Ellos patrocinaron el libro con una generosa suscripción, y quizá, quizá leyeron alguna que otra página; gracia muy de estimar, porque no es fácil leer tanto cuanto de lo que se publica en el tiempo en que vivimos, aturrullados como estamos por tal aluvión de volúmenes, revistas, folletos, periódicos y hojas sueltas, de más á más creciente, que amenaza tragarse el mercado y, si Dios no lo remedia, volver el juicio al mundo; por donde, aturdido y espantado acaso, llama Valera á nuestra época el siglo del papel impreso. En puridad, pretender que sea leída una obra en cuya portada no va un nombre de autor conocido en la república literaria, ¿no es pedir cotufas en el golfo?

Pero ¿y después? ¿y ahora? puesto que desde que se dió á la estampa el libro, mucha agua ha pasado por el puente. En Dios y en mi ánimo que nada sé, pues no tengo cara yo para exponerme á que, preguntando á mi librero, me deje glacial y mohino respondiéndome, como al bobalicón de don Eleuterio Crispín de Andorra el suyo, haberse despachado hasta tres ejemplares, y caiga mi gozo en el pozo, ó venga á apenarme y afligirme más y más la pedantesca distinción de algún don Hermógenes. Ni veo imposible que el día menos pensado cualquier prójimo de aquellos que se desviven por decirle á uno dos verdades de las que sacan los colores al rostro, me dispare á quemar ropa este picante epigrama:

En un cartelón leí
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuende...
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí;

ó que otro me dé cordelejo ó me zahiera con más saña anunciándome que la obrilla goza felizmente de profundo descanso en los almacenes de la imprenta, como de tres libros de un reputado humanista dijo, no sin notoria crueldad, aquel eminente crítico y maestro del buen gusto, á quien es usual designar siempre por sus nombres y apellido, don Juan Nicasio Gallego.

Otro gallo le cantara quizás á mi obrita, si alumbrada hubiese sido en aquel continente donde todo es grandioso, descomunal, increíble, como su catarata del Niágara y su salto de Tequendama, y de donde enviaron no ha mucho al citado Valera el ejemplar doscientos mil — *two hundredth thousand* — de una novela (*), que él analiza con su ático gracejo, y de la que barrunto yo que emparejaría ajustada y medida con ciertos escritos de algunos clientes míos, que ni para fantasear ni para poner en solfa, al menos en la solfa de su música, aquello sobre lo cual fantasean, se enredan jamás entre escrúpulos ni se curan de que alguien pueda irles á la mano. Tirada estupenda de una obra y ganancia fenomenal para su autor, que á nuestro compatriota, contraponiéndolas con las que en esta nuestra tierra se usan, le sugieren las tristes verdades crematístico-literarias de que aquí el que compone libros, si no tiene rentas, ó bien si no tiene otras ingeniaturas, permanece siempre casi pordiosero; que está medio loco; y que, desengañado y desechado de profesiones más lucrativas, se da á literaturas como quien se da á perros (**).

Que, exento de irritación semejante, puse en el libro todos mis cinco sentidos, no hay que dudarlo; que, iluso de amor paterno, le veo hermoso, de descollada estatura y gentil talante, fuera por demás el decirlo. Con todo, no estoy tan hueco, que merezca se me aplique lo que el ilustre Tamayo y Baus dijo en una ocasión solemne: que solamente los necios se complacen en sus obras y quedan contentos de sí.

No, no puedo quedar complacido y contento, cuando me asalta y desazona una duda. ¿Habré cumplido mi propósito? ¿Habrán hecho telarañas mis ojos? Más categórico: ¿será verdad que en aquella no-

(*) *Looking backward*, por Eduardo Bellamy, impresa en Boston en 1889.

(**) VALERA, *Novela-programa. A la Sra. de R. G.*, artículo inserto en *La España moderna*, número de junio de 1890, págs. 31-33.

vela de puro divertimento, al parecer, se oculta un secreto médico-psicológico que puede descubrirse, á la manera que se despeja una incógnita, no incapaz de ser visto á todas luces, no fantástico como el sentido esotérico que la atribuyen algunos? ¡Medrados estamos, si no es verdad! Porque, en este caso, dirán que imaginé ¡pecador de mí! que la cosa recóndita lo estaba sólo en la prisión de la ignorancia, bajo la guarda de malandrines y follones, necios ó interesados en que alma viviente supiese de ella; contra quienes esgrimiendo la pluma, dí con mi cuerpo en el agua del descrédito, pues tan ciertas eran la existencia de la cosa recóndita y la necesidad de sacarla á la luz del sol, como que el molino para donde se embarcó Don Quijote, fuese un castillo y cárcel, y los compasivos molineros una canalla malvada y peor aconsejada, según se lo dió á entender al mísero su imaginación enloquecida. Pusiérame ello de mal temple por temor de que mi largo andar con el Caballero á hacer disparates me hubiese enseñado, si no supiese de cierta ciencia que la locura no es mal pegadizo, y que, al contrario, el tratar mucho y en serio con locos, el asistirlos y estudiarlos asiduamente acendran y vigorizan la cordura.

El vicio de escribir, del que dice Juvenal que á muchos domina y enferma, envejeciendo con ellos, porque no tiene cura (*), apenas ha concedido vagar á mi pluma en estos últimos años. En medio ó después de los memorados trabajos y algún otro de menos aliento, ó dígase presunción, ¿no fué bueno que me diese por borrajear unas *Notas de un viaje por Italia para leídas en casa*, y por borrajear y poner en limpio diez y siete *Cartas sobre Pompei* al malogrado Mayora, aquel prodigio de erudición politécnica, á quien conocisteis y admirasteis casi todos vosotros, y con quien me unía una amistad íntima, que él databa, con respecto á sí mismo, de *ante nativitatem*? Tendrán, á corto tirar, doscientas cuartillas las *Notas* y novecientas las *Cartas*; conque forman sendos libros, de más que ordinario tamaño el último. *Habent sua fata libelli* era un apotegma corriente entre los que cultivaban las letras en la antigua Roma. La estrella de estos dos míos será la de todo manuscrito, salvo contadísimos: enmohecerse y apollillarse en la cárcel de unas carpetas con prisiones de balduque, y morir quizás á destiempo y de muerte ignominiosa. ¡Estériles esfuerzos de un buen deseo, ya que no del ingenio!....

No tal; que es indecible mi placer cuando, en el silencio de mi cenobítico retiro, me llaman desde el suyo, y acudo, ahora al uno,

(*)

*tenet insanabile multos
Scribendi cacoethes; et aegro in corde senescit.*
Sátira 7.^a

ahora al otro, y hojeándolo con paternal ternura, con lágrimas tal vez, — « ¡ Pobre libro mío!, le digo, sólo yo te quiero y te querré mientras no se apague la llama de mi inteligencia, ni en mi pecho se extinga el sentimiento; porque tú eres un destello, una emanación, una parte de mi alma. ¡ Dichoso día aquél en que te ví nacer, y tiempos dichosos aquéllos en que iba contemplando y midiendo grado á grado tu crecimiento! Largo plazo que hubo de parecerme muy breve, pues, en dulcísima comunicación contigo, yo vivía en ti y para ti: apartado del torbellino del mundo, abstraído de sus negocios, olvidado de sus afanes, ajeno á sus intrigas, sordo á sus engaños, indiferente á sus enojos, insensible á sus rigores; en la santa paz del estudio, en la santa alegría del trabajo. Si me llamaba afuera el cumplimiento de obligaciones, apartábame de ti con la grata melancolía de quien, al dejar á su amor, espera volver presto más apasionado y más anheloso de su presencia. Componiéndote y ataviándote, eran para mí serenos todos los días, y ninguna noche tenebrosa; nunca sentían mis párpados la pesadumbre de la somnolencia, y, aun en el sueño, mi imaginación volaba por espacios radiantes de luz, en los que se cernía tu imagen enardeciendo mi cariño y avigorándome para redoblar el esfuerzo. Separarnos há sin tardanza la muerte; mas yo llevaré al sepulcro la memoria de la inefable felicidad con que regalaste los postreros años de mi vida. »

Hasta aquí el cuarto y último capítulo de mi desahogo.

Puesto que á mi cordura aludí implícitamente arriba, nadie dude de ella porque ahora repita que todos mis cuidados y lucubraciones en lo médico y en lo literario han sido actos de rendimiento á mi dulcinea. Hay más: pido venia para decir á la heroica que si hogaño se usaran caballeros como antaño, y yo lo fuese, traería por mote en el escudo: *Labor y mi dama*.

Y cuenta que no es ésta, cual la de Don Quijote, mero concepto delirante, sino señora cuya existencia no puede ponerse en tela de juicio, y á quien vosotros tanto como yo mismo conocéis y por cierto que amáis, pues sólo cabe que no la amen los malnacidos, ni hay, en sentir de Cicerón, alma tan impasible, que á su halago no se conmueva. Mas nadie vaya á creer que esto me encele; porque fuera locura de vanidad ó mejor signo patognomónico de mentecatez, el imaginar que sea yo su único amante, y que ella á mí solo haya mirado alguna vez con ojos risueños. Por miles de miles cuéntanse mis rivales; lo

cual, de veras lo digó, no me desasosiega ni apesadumbra, pues tantas gracias tiene para repartir la dama, que cualquiera puede aspirar á alguna; y realmente, en recibéndola, se da por pagado de sus porfías y servicios, y aun olvida los rigores de la amada, si acaso hubo de sufrirlos en algún tiempo: cuanto más, que no por favorecer ella á muchos pretendientes, han de dársele títulos de desleal y veleidosa, ni queda mancillada su honestidad y fama.

Esta hermosura cuya majestuosa testa ciñe un nimbo de resplandor olímpico; esta casta doncella á quien nadie trató jamás de ultrajar sin que lo llorase hasta la muerte; este numen propicio á todo lo grande, repulsivo á todo lo indigno; esta despertadora de mis deseos, estrella de mi peregrinación por los estados de la ciencia y de las letras; esta Beatriz que entreví en las ilusiones de mi infancia; esta excelsa dama cuyos acentos conmueven mi organismo, cuyas miradas enardecen mi corazón, cuyos halagos arroban mi alma; esta dulcinea en quien quisiera vivir y morir, es... harto lo adivináis...

Es la Gloria.

¡ Amor de la gloria! ¡ Oh, qué honesto, qué plácido, qué sublime amor! Creían los contemporáneos de Platón, que era la pasión principal ó más bien la única que sentía este príncipe de los filósofos (*). Es tan dulce la gloria, escribe Pascal, que á cualquier cosa que la alleguemos, aun á la muerte, la amamos (**). Acaso, pues, no os parecerá flaqueza mi amor, antes pasión varonil y noble de que puede alardear quien, como yo, por su edad, no deleitándose ya sino con vivir, aunque en servidumbre de privaciones y á la defensiva contra achaques, conoce de sobra que en su persona, á tales rigores sujeta, el galanteo, en su sentido restricto, sería un chiste no menos lastimoso que ridículo. A bien que la gloria más galardones tal vez reparte entre aquéllos que han mediado ya en el camino de la vida. Por miles he dicho que se cuentan mis rivales; y á la verdad me envanece que de mí lo sean, y de ellos me sienta serlo yo, tantos y tantos servidores de la soberana hermosura, de quienes en sabiduría, valor, proezas ó linaje, distancias siderales me separan; que de arrimarse á los grandes cobra siempre el pequeño una migaja de consideración y estima.

Interminable galería de varones ilustres, toda la historia del género humano debiera, Señores, presentaros, en cuadro sinóptico por lo menos, si intentase hacer recuerdo particular de los amadores corres-

(*) J. J. BARTHELEMY, *Œuvres; Voyage du jeune Anacharsis en Grèce*; tomo I, París, 1821, pág. 281-282.

(**) *Pensées de Pascal*; parte I, artículo V; París, 1856, pág. 52.

pondidos de la gloria. Mejor que yo sabéis todo eso. Pero mal pareciera en la ocasión presente que, desentendiéndome del culto fervoroso que la han tributado y tributan los médicos, no mentase siquiera á dos, uno de ayer y otro de hoy, á quienes el sesgo que van tomando las doctrinas médicas dan una celebridad excepcional, de pocos alcanzada en tiempo alguno; y al mentarlos con el gozo y admiración que se dejan suponer, no trazase ligeros rasguños de las victorias que respectivamente ganaron para la que vemos ahora ser una misma conquista. Doy por sobreentendido y de nadie puesto en duda el afecto que á ellos, á todos nuestros profesores y á nosotros mismos nos alienta en las fatigas de la tarea médica, y que en el lenguaje expresivo y castizo del Catecismo se llama amor al prójimo. En esta razón, digo que por la gloria descubrió Jenner el antídoto de la latente ponzoña que, en desarrollándose, con espantosa frecuencia á millaradas de personas, si no les segaba en cierce la vida, imprimía en su tez un indeleble estigma de fealdad. Por la gloria ha hecho Lister un invento superior á todos los de nuestro siglo, con ser tantos y tan portentosos, pues ni cuanto producen el vapor, la luz ni la electricidad, en la sabia combinación de sus propiedades y fuerzas, es comparable con la anti-sepsis operatoria — entiéndase que sólo me refiero á la idea fundamental del método, que es imperecedera, no á los pormenores de procedimiento, que ya han variado y sin duda variarán en infinito — con la divina anti-sepsis operatoria, porque sólo la misericordia de Dios pudo inspirar á cerebro de hombre este que bien merece decirse milagro científico, donde toma realidad y cuerpo, á la vuelta de diez y nueve siglos, la fábula de Iapis en la maravillosa curación del saetazo de Eneas (*).

La gloria, la gloria es el más poderoso incitamento que agita á los guerreros, á los científicos, á los literatos, á los artistas, á los inven-

(*) En la batalla bajo los muros de Laurento una saeta, disparada no se sabe por quién, hiere á Eneas en un muslo. Pugna el anciano médico Iapis por extraérsela, y no lo logra ni aun con la tenaza, cuando viene á sus manos en una fúlgida copa, traída por la misma Venus, envuelta en oscura niebla, cierta solución acuosa de zumos y esencias de hierbas y flores, en que están infusas ocultas virtudes; con la cual rocía él la herida, y sin esfuerzo alguno saca al instante el dardo, quedando á la par sana la llaga y restablecido el vigor del miembro dañado, de tal suerte que el héroe puede inmediatamente volver al combate. No queriendo Iapis que se atribuya á su ciencia y destreza una curación tan rápida y portentosa, ni que se crea obra de hombre, dice á Eneas y á cuantos han presenciado el hecho:

*Non hæc humanis opibus, non arte magistra,
Proveniunt, neque te, Aenea, mea dextera servat;
Maior agit Deus:*

no es obra de humano auxilio ni de maestría del arte lo que acabáis de ver; no es mi mano ¡oh Eneas! la que te salva, sino la fuerza superior de un Dios.

VIRGILII, *Aeneidos*, libr. XII, v. 318—429.

tores, á los descubridores, á la pléyade, por fin, de los que constituyen el nervio, la inteligencia, la vida, el blasón del linaje humano.

Y así como el sol no niega al humilde tomillo de nuestros yerros la luz y el calor de los rayos con que espléndidamente baña á la soberbia *Wellingtonia gigantea* de California; así tampoco reserva ella sus mercedes para solo los próceres de la inteligencia, antes las extiende también á la clase media, y tal vez al estado llano, á los que pelechamos confundidos en el montón anónimo, según ahora se dice, entre la plebe honrada, pero que no parece pueda aspirar á la condescendencia y pompa de los optímates, pues pecheros no menos que nobles, según la bella imagen de Horacio, lleva atados la gloria á su refulgente carro (*). Por eso no arde con más vehemencia en los corazones hidalgos que en el plebeyo mío la llama de amor á la beldad augusta, que si nunca me dió la mano para levantarme á la altura de su triunfal carroza, tal vez me refrigeró con una sonrisa incierta y fugaz, aunque bastante para transportarme de júbilo y henchirme de esperanza. A todo me ha impulsado ella: á mis estudios, á mis proyectos, á mis atrevimientos, á mis aciertos, si los he tenido, á mis escritos, si vale tomarlos en cuenta; y aun mis fracasos parecerán menores y perdonables considerando que los trajo una imprudencia nacida de mi delirio por ella. Ni ¡qué mucho que haya estado solicitándola yo, que no soy un sabio, si por ella suspiran siempre los sabios, en quienes, según observa Tácito, el último deseo que se extingue es el de la gloria! (**)

¡Gloria! madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisajes halagüeños.
¡Dame ilusiones, dame una armonía
Que arrulle el corazón con el oído,
Para que viva la memoria mía
Cuando yo duerma en eternal olvido!

Una invocación semejante he estado yo haciéndole de continuo, bien que no, como se cae de su peso, con el dulce cantar de Zorrilla, cuyas son las transcritas estancias. La deidad me ha oído, al fin, y

(*) *Sed fulgente trahit constrictos gloria curru
Non minus ignotos generosis.*
Sátira 6.^a, libro I, v. 23 y 24.

(**) *quando etiam sapientibus cupido gloriae novissima exurit.*
Historias, libro IV, 6.

derramado sobre mí esta noche más ilusiones y armonía que, no entrando en cuentas conmigo mismo, pudiera yo pedirle. Lo del vivir mi memoria, muerto yo... ¡vaya en gracia!: eso, si alguien me lo predijese, oyéralo como aquella que, por modo de eufemismo, llaman música celestial.

Otra terrenal siento sonar ahora de mis tímpanos adentro. La de mi libro favorito, amena suma de filosofía práctica, al que para todo lance me hallo abierto por página pintiparada. A buen punto parece meterme por los ojos una que ni de encargo para curarme de la vanidad, si el diablillo que la monopoliza y propaga, en el acto presente me la inoculase. Es el malicioso reparo que Sancho Panza hizo á Don Quijote en punto al enamoramiento de Altisidora. Como no quiero echar en saco roto la lección, pláceme suponer que, al salir de este sitio, viene á mí cierto amigo de toda confianza, de los que tienen carta blanca para decirle siempre á uno lo que sienten, pues hablan por boca de la intención más sana; el cual amigo, sin andarse en melindres ni medias tintas, me espeta bonitamente esta donosa sarta de alabanzas remedando las razones del escudero:

— «No puedo pensar qué es lo que vió la Academia en ti, que así la rindieses. ¿Qué gala de instrucción, qué brío en la labor, qué doñaire profesional la enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirarte, y que no veo cosa para enamorar, y puesto que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo tú ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.»

Quienquiera que tal dijese, dejaríame turulato; pero no hay cuidado, que como no es de creer que con el amigo supuesto me turbe al primer embate ni se me pegue al paladar la lengua, imagínome que le responderé así, poco más ó menos, por el mismo tenor de la réplica de Don Quijote:

— «Advierte, amigo, que hay una hermosura del alma que campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza; y todas estas partes caben y pueden estar en mí, y cuando se pone la mira en esta hermosura, suele nacer el amor con ímpetu y con vehemencia. Cuanto más, que yo bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme.»

«Lo que verdaderamente la Academia debe de haber visto en mí, es un profesor que lleva treinta y nueve años de hacer número con sus individuos, treinta y cinco de ser Médico Director del Manicomio de la Santa Cruz, y cuarenta y dos de vestir la muceta amarilla; por manera que es un veterano de otros tantos, cuarenta y dos repito, de

servicio activo en el ejército médico, sin abonos de campaña por las cinco en que peleó contra extranjeros que invadieron y estragaron el territorio patrio, cuatro contra las hordas bacílicas procedentes del Ganjes, y una contra las transportadas de allende el Atlántico; sin contar que ha tenido más de cien reencuentros en sublevaciones tifólicas, variolosas y diftéricas; que ha estado de continuo requiriendo la espada en atisbo del menor quebrantamiento de la ley fundamental, de la ley suprema, la salud del pueblo; que es esclavo de la ordenanza, por cual servidumbre no faltará alguno que le mire como á un vejestorio con cierto lejos de coetáneo de aquel rey que rabió por gachas; y sin hacer mención particular de muchas heridas que ha recibido en el alma, no pocos torniscones, algunos arañazos y uno que otro mordisco en el cuerpo, de los cuales jamás pudo vengarse á ley de caballero, pues dados, como fueron, por gente falta de juicio, causaron agravio, mas no afrenta. Todo esto, amigo, es posible que á los ojos de la Academia parezca hermosura que, si no la enamora, al menos la aficione.»

« Pero otra idea me bulle en el magín, y he de verterla en caliente. La Academia habrá querido introducir en sus costumbres la que ha cuajado ya en nuestra tierra, de celebrar de vez en cuando una sesión ó velada científico-literaria por tal ó cual persona, suceso ó cosa; y para empezar ha podido ahorrarse el trabajo de ir al rebuísco de sujetos, pues al paso se ha encontrado luego al veterano que tiene todavía algún aliento para hacer armas si la ocasión lo pide, y es, además, por su historia, uno como nexó ó lazo de cariño que anuda á la generación que pasó con la que ahora florece y con la que brota pujante al calor de la sangre juvenil.»

« No pongas en duda, amigo, que si denantes la Corporación hubiese acordado fiestas como la de esta noche, habríalas hecho á académicos eminentes, lustre de la cátedra, del servicio hospitalario, de la práctica civil; los ecos de cuyas voces parecen resonar aun en este recinto, en torno de ese busto, símbolo del antiguo y glorioso 'abolengo de la Medicina; académicos cuyas semblanzas serían nuevas páginas áureas en los fastos de esta Corporación, y de las cuales quedaría por cierto muy sabrosa la mano que las escribiese.»

« Con iguales obsequios habría distinguido á DURÁN, el empapado en doctrina clásica, el celoso inspirador de reformas de la profesión, el probo, el prudente, el infatigable, el modesto, á quien no pudo desvanecer la pompa ni deslumbrar el esplendor del aula regia; — á MER, el matemático en lo clínico, el sesudo, el circunspecto, el inflexible en el cumplimiento del deber, el varón constante y justo del

poeta de Venusa; — á BERTRÁN, el alma fresca y cándida, el de la instrucción sólida, el insigne tocólogo, el de la discreción, energía y blandura en la presidencia, el cariñoso amigo de los jóvenes, con quienes discutiendo, dábales pie para que de sus conocimientos hiciesen gala; — á PICAS, el genio clínico, que de mancebo y antes de estudiar, á buen seguro, viendo enfermos, hacía instintivamente para sí diagnósticos y pronósticos, como á Ovidio, de niño, le salía en verso lo que hablaba; — á CIL, el médico filósofo, el del talento profundo, el de la argumentación robusta aprendida en la antigua gimnasia dialéctica, el maestro en letras humanas y versado en las divinas; — á FERRER Y GARCÉS, el árbitro dondequiera y á menudo también aquí, en toda cuestión médico-jurídica, el de la palabra fácil, correcta y elegante, que del taquígrafo hubiera podido pasar sin tachas, retoques ni atildaduras al cajista; — á MENDOZA, el poligloto, el politécnico, el consumado anatómico, el diestro y animoso operador, el que caminaba á par de todo adelantamiento; — á TORENT, el operador no menos hábil y bizarro, el prolijo en la asistencia del enfermo, el remirado en la cura, el minucioso en todo, el del sentido práctico, gloria del Hospital de la Santa Cruz, á quien la muerte atacó por sorpresa viéndole exánime de fatiga; — á LLAGOSTERA, el modesto, el metódico ejemplar, el estudioso, el clínico que llevaba siempre por delante la prudencia, el amigable componedor de todo lo honesto y digno, el de la conversación instructiva, amena y decidora, y en los años del descanso forzoso por achaques en ímproba labor contraídos, el mimado de las Musas, que endulzaron sus amarguras con repetidos regalos de laureles; — y á otros y otros que valían y brillaron tanto como los nombrados. A todos conocí y traté, de todos recibí enseñanza, y algunos, señaladamente los que iban con mi edad, fueron íntimos amigos míos.»

«Por donde sin duda la Academia, contemplándome como á un trasunto de ellos, aunque infiel y borroso, habrá querido honrarles hoy en mi persona, renovando ante el público la memoria de la sabiduría, servicios, méritos y prendas morales que les granjearon las alabanzas de sus consocios, el respeto de sus colegas en la facultad, la estimación de sus conciudadanos y la gratitud de la patria.»

¡Venturoso yo, que á representar tan alto y grato papel he sido llamado!
